

La anti-ciudad o la pérdida del sujeto urbano

Luis Fernando Acebedo R.

La anti-ciudad no es la ausencia de ciudad como algunos piensan. Por el contrario, es la expansión y el crecimiento de la ciudad, incluso a ritmos cada vez más acelerados, pero por causas distintas a la búsqueda de la elevación constante de la calidad de vida de sus principales habitantes y gestores: los ciudadanos. Es la ciudad sin sujetos colectivos, o como diría Armando Silva, “la muerte del sujeto urbano”. Es la pérdida de la ciudad vivida. Y desde el punto de vista espacial, es la construcción de espacios públicos sin civilidad.

Precisamente, Zygmunt Bauman nos retrata esta categoría de espacio público “no civil” cuando analiza el sentido de la imponente plaza La Défense en París, con su nuevo Arco del Triunfo como expresión de la emergencia del capital financiero y los servicios avanzados, dos de los símbolos y signos de la globalización de los mercados:

El visitante de La Défense advierte de inmediato que se trata de un lugar inhóspito: todo lo que está a la vista inspira respeto pero desalienta la permanencia. Los edificios de formas fantásticas que rodean la enorme plaza vacía están hechos para ser mirados, no para entrar en ellos: envueltos de arriba abajo en cristal espejado, no parecen tener ventanas ni puertas de acceso abiertas a la plaza; con gran ingenio consiguen darle la espalda a la plaza que rodean. (Bauman, 2008: 104)

Esto quiere decir que para la anti-ciudad, como expresión globalizadora de la competitividad, resulta completamente banal y superflua la construcción de ciudadanía desde las formas identitarias, culturales y políticas de la vida en sociedad. En su defecto, se van reemplazando por valores asociados al mercado. Los ciudadanos se convierten en clientes que deben comprar el acceso a sus servicios básicos, a la recreación y al deporte; también deben pagar el derecho a moverse por la ciudad o a disfrutar de los espacios abiertos con acceso al público, aunque no necesariamente públicos.

Tal vez sean los centros comerciales la expresión más remozada del intento por construir estas nuevas espacialidades de lo público y lo colectivo desde los valores privados, la individualidad y el consumo. Es allí donde se materializan los nuevos conceptos que simulan la ciudad segura y aséptica, donde es posible mirar y ser mirados sin el prurito de tener que interactuar con alguien. Todos pasan, atraviesan, recorren, pero nunca se detienen para provocar un encuentro o un diálogo fluido. Incluso los cafés, como lugares de memoria, han cambiado de sentido al convertirse en espacios públicos privatizados, cuando hasta hace apenas algunos años eran espacios privados hechos públicos por el uso y el abuso de las tertulias culturales y políticas.

La anti-ciudad se opone al concepto de lugar como espacio referencial y de memoria. Es la pérdida de centro, tanto en términos geográficos como simbólicos. La centralidad como un denso entramado de actividades y de relaciones múltiples se va diluyendo en función de una red de flujos sin nodos que los articulen. Desde el punto de vista social, disminuye o desaparece el contacto entre las personas, para quienes las nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicaciones – TIC– ejercen una labor de intermediación y, en no pocas oportunidades, crean una espacialidad virtual, muchas veces más real o dinámica que los espacios íntimos del hogar o los colectivos, como el trabajo.

Las nuevas relaciones sociales ya no se dan directamente entre seres humanos, cara a cara y mirándose a los ojos como condición para transmitir emociones o sensaciones, sino entre los individuos a través de los aparatos electrónicos. La noción de lugar bajo estas circunstancias está representada en los mundos virtuales, mientras que el espacio propiamente dicho retoma su condición instrumental como mercancía que produce y reproduce rentas inmobiliarias, fuerza de trabajo y capital. En este sentido, los espacios se construyen cada vez más por lo que representan en términos de su funcionalidad, en detrimento de los valores asociados al elevamiento constante de la calidad de vida o como transmisores de cultura, civilidad y ciudadanía.

Las autopistas expresas, la apertura de calles para la movilidad vehicular como bases fundamentales de la expansión urbana, los conjuntos habitacionales privados y los edificios cerrados al contacto con la calle, los proyectos inmobiliarios emprendidos con criterios



Plaza principal de La Défense, París, imagen archivo de Luis Fernando Acebedo

de rentabilidad, más que de necesidad, el centro comercial o el parque temático como espacios privados para uso público, o el espacio público destinado, administrado y usufructuado por los particulares, todo ello es expresión del reino del artificio y la individualidad. La ciudad ya no se puede percibir en su totalidad, sino en sus fragmentos. No se habita en una ciudad, sino en un sector de ella. El resto es el territorio de “los otros” que debe ser atravesado, mas nunca recorrido.

Pero no solo los espacios llamados “globales” o de “talla mundial” comienzan a adquirir estas características; también las tienen algunos de los nuevos espacios públicos construidos en aquellos barrios de nuestras ciudades donde la violencia no cede. Parecen ser la expresión de un espacio-tiempo alterado, o mejor de un espacio sin tiempo en donde no logran diluirse las fronteras entre la pobreza desesperanzadora, conflictiva y retardadora, de las mínimas espacialidades íntimas con las intervenciones asépticas de puertas para afuera, que parecen advertir sobre una modernización en la



Espacio público y marginalidad en el Metro Cable de San Javier en Medellín, imagen archivo de Luis Fernando Acebedo

superficie de lo público, sin su correlato en las profundidades de las formas de convivencia y dignificación de la existencia humana.

Esas nuevas espacialidades sólo pueden ser apreciadas y disfrutadas desde las alturas del metro cable o desde la distancia de un equipamiento seguro, o simplemente desde las complicidades de las redes de poder que controlan los movimientos, los tránsitos o la permanencia fugaz y efímera de las nuevas tribus urbanas, en conflicto por el dominio del territorio.

Son intentos frustrados por globalizar los espacios públicos en la esfera de lo local, a partir de la homogenización de la estética y de un supuesto ideal de

“progreso” que reedita el higienismo y la salubridad decimonónica mediante las intervenciones cosméticas como signos de la superación de la pobreza.

Si la ciudad puede asimilarse metafóricamente a un caleidoscopio de imágenes e imaginarios diversos y múltiples colores donde los ciudadanos deliberantes provocan giros espaciales que finalmente se traducen en grandes acuerdos colectivos, es decir en proyectos urbanos, la anti-ciudad no es más que la expresión de unos giros permanentes, sin principio ni fin, sin tiempo ni espacio, sin ciudadanos. Un *collage* infinito cuyos fragmentos no logran por sí mismos encontrar un punto de equilibrio en torno a una idea de ciudad, y por tanto son inestables, frágiles, efímeros; no logran identidad, ni memoria, y mucho menos convocan a su apropiación cultural.

Frente a estas presiones de la globalización en lo local surge la pregunta: ¿puede existir espacio público urbano sin ciudadanía?, o mejor, ¿se puede hacer ciudad sin sujetos urbanos?

Referencias bibliográficas

- Bauman, Zygmunt, *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Silva Téllez, Armando, “Los imaginarios urbanos en América Latina” en: Hernández, Tulio, *Ciudad, espacio público y cultura urbana. 25 conferencias de la Cátedra Permanente de imágenes urbanas*, Caracas - Venezuela, Fundación para la Cultura Urbana n.º 82, 2010.
- Sorkin, Michael, *Variaciones sobre un parque temático. La nueva ciudad americana y el fin del espacio público*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 2004.
- <http://caleidoscopiosurbanos.blogspot.com>

Luis Fernando Acebedo R. es Arquitecto de la Universidad Pontificia Bolivariana, Magíster en Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia y Doctor en Urbanismo (UCV). Se desempeña como Profesor Asociado de la Escuela de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales. Desde hace un año alimenta su blog “Caleidoscopios urbanos” con temas de ciudad, región y territorio.

lfacebedor@unal.edu.co